

**NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA**



Año 11

Número 128

25 cts.

Protagonistas

Marie Astaire

Theodore von Eltz

UN PERSONAJE EN BUSCA DE UN AUTOR

Novela Popular

Cinematográfica

LICHAES 307 1938

Un personaje en busca de un autor

Argumento, en forma de novela, de la extraordinaria película de aventuras así titulada. Exclusiva de "Gaumont"

Valencia, 274

PROTAGONISTAS:

Marie Astaire y Theodore Von Eltz



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA, 15 — BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

El tren, por el ferrocarril del Oeste, devoraba kilómetros en la noche. Atrás iba dejando bosques, ríos, llanuras, pueblos, casitas solitarias... En uno de los departamentos, una pareja, en viaje de novios, deseosos tal vez de hallarse en una isla desierta, para que nada ni nadie turbase su idilio, aun les parecía que el tren corría poco, y de vez en cuando protestaban, llamando carreta al vehículo que los conducía a más de ochenta kilómetros por hora, que el amor es muy impaciente.

Sin embargo, de vez en vez, olvidándose de todo, se besaban, fervorosamente, y como si ya estuvieran en la isla soñada. En uno de estos momentos les sorprendió un viajero misterioso que, comprensivo, exclamó:

—Dispensen... Son recién casados, ¿verdad?

—Sí, respondieron los dos.

—Se comprende. Sólo a unos recién casados se les ocurre besarse de ese modo. ¡Que aproveche!

—Gracias...

En aquel momento, el tren pasaba por junto a una pequeña ciudad de Texas, llamada Austin en donde hacía pocos días que unos misteriosos ladrones de Bancos habían visitado, audazmente, el único establecimiento bancario de la ciudad, del que era propietario Emilio Peyton, que estaba, por ello, indignadísimo. La visita no había sido de pura fórmula. Los ladrones se llevaron una importante cantidad...

No menos indignada que él estaba su hija Gloria, protagonista de este relato, joven bellísima e impe-

tuosa que quería por sí mismo descubrir a los bandidos, cosa nada fácil.

Andaba siempre, cerca de padre e hija, un tipo llamado Felipe Keith, que era un pájaro de cuenta bajo la capa de «pollo bien», ridículo, como son todos los «pollos bien». Se había prometido con Gloria y ocupaba un importante cargo en el Banco de su futuro suegro.

Llamado por el banquero, llegó a la ciudad Pedro Deker, jefe de una agencia de detectives de Los Angeles, el cual se creía un águila aunque lo cierto era que los amigos de lo ajeno hacían de las suyas ante sus propias narices.

—Nada—dijo despidiéndose, pues había de marcharse en el tren que en aquel momento llegaba ya a la ciudad,—yo me ocuparé del asunto en todos los detalles... Aquí llevo, al efecto, los resultados de la investigación.

Al decir esto, sacó un papel y leyó:

«Caso: First National Bank, Austin, Tejas. (Remilio Peytón). Relación: Misteriosos ladrones, llevando maletines negros se apoderaron de 50.000 dólares. Se supone que salieron de Austin, por no hallarse rastro de ellos en la ciudad.»

A poco, el tren volvía a correr de nuevo. En todos sus departamentos, se comentaba el robo del Banco, del que acababan de tener noticia en la Estación. Domingo, un agramazo enorme, camarero del tren, que siempre que iba de viaje tenía miedo hasta de su sombra, habiendo oído hablar del robo, estaba aterrizado.

Así lo comunicó a un viajero extraño, Herberto Windsor, que es el otro protagonista de este relato, y que se dirigía a Los Angeles, con toda su atención puesta en un maletín que llevaba, el cual era precisamente negro.

Pedro Deker, viendo aquel maletín, se había dicho a sí mismo:

—Me gustaría saber lo que lleva ese joven en su maletín...

Y a poco:

—Nada: ese individuo me da mala espina. Lleva un maletín y éste es negro... es decir, sospechoso... Un maletín como el de los ladrones... No le perderé de vista.

En el tren viajaba Sebastián Walter, agente del servicio secreto, que haciéndose pasar por ladrón, conocía a todos los ladrones de los Estados Unidos, de lo cual se valía para sorprenderlos siempre con las manos en la masa, pero procurando siempre no ser descubierto él, con lo que se habrían terminado sus extraordinarios servicios.

Y también viajaba, en otro departamento, Anita Fergusson, una joven que entendía de cerraduras bastante más que quien las inventó.

Como Walter fuera dando un paseo por los pasillos de los coches, Anita le vio y como le había temido siempre por ladrón, salió a su encuentro y le dijo como sorprendida:

—¿Usted, Walter!

—Sí, yo, ya lo ve usted, Anita.

—¿Y qué hace usted?

—Lo de siempre. Ya usted lo sabe. ¿Y usted?

—Lo mismo que usted, lo de siempre.

—Pero yo creía que se había apartado usted del delito y que caminaba ahora dentro de la ley...

—Lo intenté, pero Fernando volvió a arrastrarme... ¿Tiene tanto poder sobre mí!

—¿Otra partida que hay que apuntar en el haber de ese pájaro!—se dijo Walter a sí mismo. Y a poco, dirigiéndose de nuevo a Anita, le preguntó:

—¿Y han hecho algo de provecho recientemente?

—El último robo que cometimos fué en el Banco de

Austin, del que habrá usted oído hablar hace poco.

—Sí, en efecto. He oído algunos comentarios.

—Fue un robo muy limpio. La noche que lo llevamos a cabo, Fernando dio por teléfono una falsa alarma y, mientras tanto, quedamos en plena libertad de acción.

—Fernando es muy listo para estas cosas. Esa es la verdad. Lo que a él no se le ocurra, ni se le ocurre a nadie. Es capaz de inventar la cosa más descabellada y hacer que pase por verosímil.

—Ciertamente. No hay nadie que no pueda ser engañado por él si él se lo propone. A todos cuantos le ayudamos en esta ocasión nos ha engañado.

—¿Sí?

—De verdad. Y un engaño que no merecíamos. Después de cometido el robo, nos mantuvo muchos días sin darnos nuestra parte, con falsas promesas, y luego se marchó al Brasil.

—¡Que raro! Nunca había hecho nada parecido. Fernando es un ladrón, esto es verdad, pero muy formal.

Ahora ya podrá decirse eso, supuesto que nos ha engañado.

—¿Y qué habrá ido a hacer al Brasil?

—¿Quien lo sabe! Debe tener algún proyecto extraordinario, pues él nunca viaja en balde.

—Es verdad. ¿Y qué se ha hecho de cuantos le ayudaron?

—Uno, empleado del Banco precisamente, quedó en Austin, en su empleo, como si tal cosa. Nadie sospecha de él. Los otros se marcharon. Yo, por casualidad, supe que una parte del dinero había quedado en la ciudad, dejada por Fernando no sé a quién, y me dediqué, sin salir de allí, a vigilar a todo el mundo, especialmente en la estación a la hora de entrada y salida de los trenes. Hoy, he visto en el tren a un hombre que es de Austin, pero que ya ve-

nia de viaje, porque sin duda habría ido a subir a otra estación anterior, el cual lleva consigo un maletín negro, igual al que siempre lleva Fernando. Por eso he emprendido este viaje, con el fin de averiguar si ese hombre del maletín es el cómplice de Fernando al cual ha dejado el dinero.

—Es muy interesante todo lo que me refiere usted, Anita, y ya que no tomé parte en ese robo, me gustaría ayudarle a usted en sus averiguaciones de ahora.

—Admito su ayuda con mucho gusto.

—¿Quiere usted que imaginemos un buen plan para apoderarnos de ese maletín sin que su dueño se dé cuenta de ello?

—No. Porque entonces nos tomarían por lo que somos, y esto ni nos conviene. Vale más que nos presentemos a ese individuo amigablemente. Es muy descuidado. Le vengo observando desde que subí al tren, y creo muy fácil hacerle coser la boca con el maletín, simplemente con mostrarme ante él curioso de ello. Su galantería le llevaría a dar este paso, pues he visto que, con una joven que viaja en su mismo departamento, se muestra muy galante y condescendiente. Si yo me acerco y acepto complacida sus galanterías, conseguiré lo que me proponga.

Hablando así, se acercaron al departamento en que viajaba Herberto, al cual decía en aquel momento la joven a quien Anita había hecho referencia:

—¿No quiere usted decirme lo que lleva en su maletín?... Soy extraordinariamente curiosa y su maletín ha despertado mi curiosidad... ¿Es tan raro?

—Señorita, ahora no se lo digo. Pero se lo escribiré, si usted me da su dirección cuando nos separemos.

—A mí—dijo Anita a Walter.—me será mucho más fácil que a esa joven lograr saber, por boca de su mismo dueño, lo que hay dentro del maletín.

SEGUNDA PARTE

En aquel momento, el camarero Domingo, que como hemos dicho estaba aterrorizado desde que había oído hablar del robo de Austin, viendo, de repente, a Anita y a Walter, en el pasillo, tembló de miedo y gritó:

¡Fantasmas!... Fantasmas!

Y salió corriendo en dirección contraria.

Casi nadie le oyó, por fortuna, porque en aquel preciso instante el tren entraba, con gran ruido, en una estación.

Allí precisamente había la joven que iba en el departamento de Herberto, a la que éste despidió, desde la ventanilla, con grandes demostraciones amistosas:

—¡Buenas noches, señorita!—le dijo.—No sabe usted cuanto siento que se apee usted en Houston y no podamos ir juntos hasta Los Angeles...

—Va a Los Angeles—dijo Anita a Walter.—Ya me lo figuraba. Tenemos tiempo para que él mismo nos muestre el maletín.

A poco, habiendo emprendido el tren la marcha de nuevo, Domingo entró en el departamento de Herberto y le dijo:

—Ande con cuidado, señor... En el tren viajan unos fantasmas y tengo el presentimiento de que lo que buscan es su maletín.

—¿Para qué habíala de quererlo?—contestó Herberto sorprendido.

—No sé, pero ande con cuidado—repitió Domingo y salió.

En seguida, se acercaron, dispuestos a entrar, Anita y Walter. Y ella dijo:

—Déjeme usted a mí... Voy a tratar de seducirle.

Walter se quedó fuera y Anita entró, saludó y no cesó de hablar en un buen rato. Por último, en tono indiferente, dijo:



—¡Qué bonito maletín lleva usted! ¡Y qué raro! Me gusta, se lo digo francamente. ¿Qué guarda usted en él?

Sin aguardar a más, Herberto repuso, abriendo el misterioso maletín:

—Mire, papeles. Son manuscritos, señora... Argumentos para películas. Voy a Los Angeles a ver si los coloco...

Despechada, salió Anita y dijo a Walter que le esperaba:

—¡Vaya un chasco! Lleva en el maletín argumentos para películas... ¿Y para saber esto he emprendido ya tan largo viaje? ¡Que torpeza!

—Espéreme aquí—dijo Walter. Quiero hablar con ese tipo. Me interesa.

—He oído decir que es usted argumentista de películas. Permítame que me presente: Yo soy un ladrón.

—¿Caramba! Me agrada la franqueza. ¿De modo que usted es un ladrón?... ¡Oh, muy interesante! Nunca había tenido el gusto de tratar a nadie de su profesión.

—En lo sucesivo ya no podrá usted decir eso nunca más.

—Ciertamente. Y estoy muy contento de ello. El hombre debe tratar a toda clase de gentes, para conocer bien a sus semejantes. Ahora mismo, por ejemplo, usted, con su experiencia, podrá ayudarme a escribir la serie de aventuras más emocionantes de cuantas se han llevado a la pantalla.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente. Explicándome los robos en que ha tomado parte. Con ellos yo escribiría un argumento. ¿Sería una película real, vívida, emocionante?

—Acaso tenga usted razón...

—Claro que la tengo. Piénselo usted bien y acceda a lo que le pido. Le ofrezco la popularidad, la gloria...

—¿Y esa película se vería en la América del Sur... en el Brasil?

—Claro. Y en todo el mundo...

—Bueno. Estoy por acceder. Ahora bien: Si yo le proporciono un buen argumento de policías y ladrones, ¿lo desarrollará usted en la forma que yo le diga?

—Sí, desde luego. ¿No faltaba más! Para que una película de ladrones sea de verdad una gran cosa,

nada mejor que el hecho de que pueda hacerse bajo la dirección de un ladrón de verdad.

—Estamos de acuerdo. De aquí a un momento volveré para que ultimemos todos los detalles.

Dicho esto, Walter salió para hablar con Anita, que le esperaba impaciente, y a la que dijo con visibles muestras de alegría:

—De acuerdo con ese argumentista de películas, voy a hacer que la figura de Fernando aparezca en la pantalla. Un buen actor, con los datos que nosotros le proporcionaremos, se encargará de caracterizarlo...

—Me parece muy bien...

—Y lo presentaré tan malvado, que no tendrá más remedio que venir a Los Angeles a buscar al autor de la película... Entonces será la ocasión de apoderarnos de él y obligarle a que le entregue su parte de lo del robo del Banco...

—Ha tenido usted, Walter, una idea genial.

Walter volvió al departamento de Herberto y le dijo:

—Estoy a su disposición para emprender el trabajo de ese argumento.

—Vaya usted diciéndome detalles...

—Lo primero que necesitamos es un traidor, la figura principal. Un buen ladrón de película debe ser un traidor. Cuanto más perverso sea, más le gustará al público.

—Exacto. De pintarlo perverso, como no sea posible más, me encargo yo.

—¿Qué le parece el nombre de Fernando Gregor, alias «El Buitre»?

—Muy bien. Eso de «El Buitre» ya prepara el ambiente.

—Así lo creo yo. Además, debe ser un hombre muy extravagante, vestido siempre de la misma manera y mascando goma constantemente... ¿No se ha

¿judo usted en que todos los traidores mascan goma?

—Sí, es verdad. Por otra parte, eso está dentro del personaje. Esa persona mascar, esa idea de ferocidad, que es lo que se quiere demostrar.

—Veo que es usted, de veras, un excelente argumentista.

—Claro, la costumbre...

—Buena. El tipo, pintado ya tan perverso, debe tratar brutalmente a las mujeres.

—Desde luego. Si no lo hiciera así, no sería un traidor perfecto...

Siguieron hablando y cuando llegaron a Los Angeles todos los episodios de la película estaban ya planeados. Explicado el argumento a un fabricante de films, en seguida lo aceptó y, a toda prisa, se realizó el primer episodio que, sin esperar a que los otros estuvieran filmados, se dio a estrenar, constituyendo su estreno un éxito sin precedentes. De todas partes del mundo, pidieron en seguida autorización para proyectar aquel primer episodio de la ruidosa película, que se titulaba nada menos que *La Huella Roja*.

Eutretanto, en Río Janeiro, en el café del Sol, donde se refugiaban unos cuantos aventureros de todo el mundo, que todos tenían cuentas pendientes con las leyes de sus respectivos países, Fernando Gregor, alias «El Buitre» autor del robo del Banco de Austin, y ladrón internacional, por quien, según confesión propia, se volvían locas todas las mujeres, tomaba café con otro aventurero. Como llegara una señorita, del mismo género de vida, el amigo de Fernando preguntó a éste diciendo:

—Le presento al señor Fernando Gregor, cuyo nombre es muy conocido en los círculos bancarios de todo el mundo.

Y Fernando dijo:

—Sólo hay dos hombres en el mundo, señorita, que sepan hacer el amor mejor que Don Juan: Rodolfo Valentino y yo.

Rió la muchacha, y los tres entraron en un cine que había al lado del café, para pasar el rato. En la puerta del cine, un empleado gritaba:

—Pasen, señores que va a proyectarse el primer episodio único hasta ahora conocido—de una serie americana que ha tenido un éxito sin precedentes.

A poco, cuando ya estaban sentados los tres en sus butacas, empezó la proyección. Se oscureció el cine y apareció en la pantalla esta leyenda:

LA HUELLA ROJA

Película de aventuras

por

HERBERTO WINDSOR

La leyenda siguiente decía:

PRIMER EPISODIO

Las hazañas de «El Buitre»

El primer letrero de la obra, presentando al personaje, era así:

«El Buitre», un sujeto peligroso, que reviste en su cuerpo de persona todas las cualidades de un monstruo...

...FERNANDO GREGOR

La muchacha que había sido presentada a Fernando, soltando una carcajada, dijo a éste:

—Ahora ya comprendo porque es usted tan conocido en los círculos bancarios...

Y el aventurero, le dijo también:

—Nos ha estado usted engañando... ¿Usted no es más que un ladrón de película?

Fernando, indignado, no contra el aventurero ni contra la señorita, sino contra la película, se puso en pie y dijo:

—Hoy mismo salgo para Los Angeles y no pararé hasta descubrir al autor de este engaño.

Y he aquí como un personaje salió en busca de un autor, con lo que, de paso, se iban a realizar, probablemente, los proyectos del verdadero autor de la película, que no era Herberto, sino Walter, el policía secreto, al que Herberto había servido singularmente de instrumento.

Aquel mismo día, Fernando emprendió el viaje, como había dicho. Entretanto, en Hollywood, la ciudad del Cine, vivían una vida de príncipes Herberto Windsor, autor de lo que iba ya hecho de *La huella roja*, y de lo que quedaba por hacer, que ya estaba en preparación, y su inspirador, el policía Sebastián Walter, que todavía no había creído prudente descubrir su verdadera personalidad y que, pasando por ladrón, a los ojos de Herberto, vivía, al parecer y según creencia de éste, medio oculto. Pero Herberto iba cada día a llevarle dinero, de su colaboración, y a cambiar impresiones con él sobre el desarrollo de los episodios de la película, para que ésta estuviera siempre lo más de acuerdo posible con la realidad.

Aquel día, al entrar, dijo a Walter:

—He venido un momento para enseñarle a usted algunas fotografías del último episodio que estoy haciendo.

Domingo, el camarero del tren, a quien Walter se había llevado consigo, como camarero particular,

creyendo que sus potentes puños podían serle útiles en cualquier ocasión, se acercó a Herberto y le dijo:

—A ver cuando me hace usted actor de película, señor... Le aseguro que tengo condiciones de artista...

—Precisamente, para el episodio que viene, estoy escribiendo un papel para ti, Domingo.

—Le aseguro que lo haré muy bien.

—Así lo espero.

Herberto, convertido en persona importante, no tenía tiempo que perder y se despidió sin decir nada más, ni a Domingo ni a Walter.

TERCERA PARTE

Walter, a pesar de que para él, Anita era una ladrona, cada vez sentía más inclinación hacia ella, hasta el punto de que sospechó que empezaba a estar enamorado. Esto, a primera vista, le parecía un inconveniente, pero, en el fondo, le proporcionaba un gozo nuevo para él.

—¡Si ella fuera como yo, es decir, una ladrona fingida!—se dijo un día pensando en esto. Y en seguida añadió, como queriéndose convencer:

—Y quizás lo sea. Ese interés, casi tan grande como el mío, porque le echemos mano a Fernando, no lo explica el simple deseo de que le dé su parte de un robo al fin y al cabo insignificante...

Tan aceptable le pareció esta sospecha, que ya no rechazó el pensamiento de estar enamorado, como antes. Y, al contrario, en cuanto habló de nuevo con Anita, le dijo:

—Anita, ¿no tendría usted en su corazón una ha-

bitacioncita para mí?... Yo, con poco me contento...

Ella no le contestó francamente, pero sonrió complacida, y esto fué suficiente respuesta para Walter que aquel mismo día, al ir a visitar a Herberto, en la habitación que éste tenía en un hotel, le dijo:

—Oye, Herberto, ¿no has pensado alguna vez en que deberíamos casarnos?

—Nunca hasta ahora se me había ocurrido un pensamiento tan disparatado, pero si tú te casas, me buscaré novia y me casaré también. Alguna vez hay que dar ese paso.

No pudieron seguir hablando porque llegó en aquel momento Carlos Butts, ayudante del director de películas de la manufactura Mannot Film, en cuya casa prestaba Herberto sus servicios como argumentista, el cual, rápidamente, dijo:

—Al director no le gusta la forma en que mata usted al «Buitre» al final de la serie.

—Dígale que lo mate de un tiro si no le gusta como lo mato yo.

—Yo no le puedo contestar eso. Lo más fácil es que me diera el tiro a mí...

Y dirigiéndose a Walter agregó:

—Ayúdenos usted... A ver si entre todos inventamos algo... Si vuelvo al estudio sin una muerte decente, a quien matan es a mí, estoy seguro de ello.

—¡Ya está! exclamó Herberto.—Le haremos morir ahogado. ¿Qué os parece?

—No estaría mal, porque dadas sus hazañas, merece una muerte así... Pero es ésa una muerte muy manoseada... Me parece que varias series terminan de ese modo...

—Es verdad—confesó Herberto.—Pues bien, hagamos que «El Buitre» caiga en una trampa y vaya a caer en una alcantarilla, y que muera allí asfixiado.

—Eso quizá sea un poco más original. Voy corriendo a decirselo al director.

En aquel mismo momento, en uno de los lugares más céntricos de Los Angeles, Anita tenía un encuentro inesperado. Un hombre se apresuraba a saludarle, y aquel hombre era el propio Fernando.

A poco, después de algunas palabras indiferentes, Anita preguntó:



—¿Y qué hace usted en Los Angeles, Fernando?

—Estoy aquí para buscar a la persona que me ha perjudicado, llevando a la pantalla el robo del Banco de Austin. En el Brasil vi el primer episodio de esa película, que me indignó, y luego, aquí, en los Estados Unidos he visto todos los demás episodios que se conocen. Por lo que se dice, sólo falta el último, en el que sin duda se me hará morir o caer en manos de la policía... Pero antes de esto el autor

de la película caerá en mis manos, y aquí terminará la historia, de un modo imprevisto.

Como mientras hablaba así Fernando mirara de un modo raro a Anita, ésta le dijo:

—No me mire así, Fernando... ¡Parece como si creyera usted que la autora de esa película soy yo!

—No sospecho tal cosa Anita. No sé quién puede ser el autor, pero lo cierto es que conoce muy bien los detalles de aquel robo. En las tiras de papel que hay por las esquinas anunciando ese engendro, se dice que el autor se llama Herberto Windsor. Pero en aquel robo no había nadie que se llamara de ese modo. Debe ser pues un nombre supuesto.

Que yo recuerde—acabó Anita, simulando no saber nada de nada—no había, en efecto, nadie que se llamara así.

—Sin embargo, encontraré a ese autor. Y en cuanto termine ese curioso asunto, me volveré a Rio de Janeiro y me la llevará a usted conmigo, porque allí hay mucho que hacer...

Después de esto, se despidieron. Anita corrió a entrevistarse con Walter para decirle la estupenda noticia de la llegada de Fernando.

Entretanto, un mozo de la casa de películas entró en la habitación de Herberto y entregándole un telegrama le dijo:

—Este telegrama, que llevaron al estudio para usted.

Nerviosamente lo abrió Herberto y lo leyó. Decía: «Herberto Windsor. Estudio Mannath. —Hollywood. Llegaré a Los Angeles estación ferrocarril Oeste, a las 3'30. —Gloria Peyton.»

—Llama a un taxi—gritó Herberto.—¡Pronto, que voy a llegar tarde!

Y dirigiéndose a Walter, añadió:

Llega una paisana mía, guapísima, bellísima. Sentiría mucho no llegar a tiempo.

A poco salió Herberto, para ir a recibir a Gloria, pensando en la gloria que sería para él poderse casar con ella, pensamiento que se le ocurrió por lo que Walter le había dicho de que debían casarse.

Un momento después de salir él, entró Anita, buscando a Walter, al que dijo en cuanto estuvo a su lado:

—¿No sabe usted lo que ocurre?... ¡Fernando está ya en Los Angeles! Acabo de encontrarle.

—No ha fallado mi plan. Ya sabía yo que en cuanto viese la película se presentaría aquí.

—No ha fallado, no. Pero va a ocurrir una cosa terrible. ¡Viene dispuesto a matar a Windsor en donde quiera que lo encuentre!

—Ya lo suponía que esas serían sus intenciones, pero se evitará que ocurra tal cosa. Tendríamos sobre nuestra conciencia esa muerte...

Iban a seguir hablando de este asunto, pero no pudieron, porque en aquel momento regresó Herberto, malhumorado. Las causas de su malhumor las expresó en sus primeras palabras, que fueron éstas:

—¡Llegué tarde!... ¡Ya habían salido todos los vinjeros!

Anita salió hacia otra habitación y en cuanto hubo salido, Walter dijo a Herberto:

—Escucha lo que te digo... Ese Fernando... «El Buitre»... está...

—¡Déjame en paz!... Ahora no estoy para hablar de películas... Gloria, la muchacha más guapa de Austin, me telegrafía que salga a recibirla y yo llego tarde... Esto es imperdonable... ¡Y tú quieres hablarme ahora de películas! ¡Para películas estoy yo!

—No te hablaba de películas... Te hablaba de Fernando...

—¿Y no es igual? Te repito que me dejes en paz.

—Bueno. Te dejaré en paz por ahora. Pero éste es un asunto del que tenemos que hablar.

En aquel momento entró otra vez Carlos Butts y dijo a Herberto:

—El director me ha dado orden de que le lleve a usted al estudio por las buenas o por las malas. Hay mucho que hacer allí y no se puede perder el tiempo.

—Vamos, pues—contestó Herberto.

Walter se dispuso a acompañarlo, para evitar cualquier ataque de Fernando. Antes, fué a ver a Anita y le dijo:

—Anita, hágame el favor: quédese aquí en Los Angeles y téngame al corriente, por teléfono, de todos los pasos que dé Fernando. Yo voy con Herberto a Hollywood para impedir cualquier atentado.

En aquellos mismos instantes, llegaban al estudio de la Manno Film Gloria y su padre, acompañados por el detective Decker y por el novio de la joven.

En cuanto el director les recibió, el banquero le dijo:

—En Tejas hemos visto el octavo episodio de *La huella roja*, en el cual ese sujeto apodado «El Buitre» roba en mi Banco... En la película hay detalles que son exactos de cómo se cometió el robo. Nosotros deseamos saber dónde encontró el señor Windsor los datos para su argumento.

Imaginación, fúforo... repuso el director tranquilamente. —Herberto se limitó a leer la información que publicaron los periódicos. Lo demás es para imaginación, pura y sorprendente imaginación, que por casualidad ha sido un reflejo de la realidad.

El banquero se convenció de que esto podía ser así y no dijo nada más. El detective, observándolo, dijo a Gloria algunas palabras de duda. Felipe, el novio de Gloria, dijo a ésta:

—¡Tu padre se deja convencer con demasiada facilidad!

A Felipe le parecía bien el giro que había tomado el asunto del robo, pues que se quería comprometer

en él a Herberto, y esto le agradaba, pues que sabía que Gloria sentía simpatía por él. De aquí sus palabras. Animado por ellas, el detective se acercó al director de la Manno y le dijo:

A pesar de sus afirmaciones, señor, nosotros tenemos la seguridad de que el señor Windsor conoce perfectamente todos los detalles del robo.

Piensen ustedes lo que quieran. Yo ya les he dicho todo lo que tenía que decir.

Herberto y Walter estaban ya allí, pero como el director tenía visita, esperaban. Herberto, cansado de esperar, se fué a ver trabajar a los actores. A poco Walter fué llamado al teléfono, por el que Anita le dijo:

—Fernando ha salido del Hotel donde se hospedaba. ¡Creo que ha ido a Hollywood!

—Gracias—contestó Walter.—Le avisaré a Herberto e iré en seguida a reunirme con usted para que prosigamos juntos nuestro trabajo.

En seguida, escribió en una tarjeta: «Herberto: Tu vida está en peligro. Métete el revólver en el bolsillo y no te separes de él. Vete de casa. Un asesino está sobre tus pasos, Sebastián.»

Entregando la tarjeta, dentro de un sobre cerrado, a un empleado, le dijo:

—Hágame el favor de entregarle esto a Herberto cuando vuelva.

En aquel instante salían del despacho del director donde éste ya no les había dicho nada más, Gloria y sus acompañantes. Esta, que se había dado cuenta de la importancia que había adquirido Herberto, acordándose de él con mayor simpatía aún de la que hasta entonces le había tenido, y siempre había sido mucha, extrajo de su dedo el anillo de prometida con Felipe, de modo inconsciente, y comenzó a jugar con él como si lo fuese a arrojar lejos de sí; Felipe, dándose cuenta de ello, le dijo:

—¡Deberías mostrarte más cuidadosa con mi anillo de compromiso!

Aprovechó, rápida, la ocasión para romper, y devolviéndole el anillo a Felipe le repuso:

—Por eso mismo que soy tan poco cuidadosa, te lo devuelvo, Felipe. Lo mejor es que lo guardes tú... para otra.

CUARTA PARTE

Salieron del estudio, cada uno por su lado. La ruptura era definitiva. Felipe se dolió de ella, no porque amara a Gloria, sino porque era un buen partido que se le escapaba. Preocupado por esto, iba por las calles abstraído. De pronto, se dio cuenta de que unas manos le sujetaban. Volvió la cabeza. Tenía ante sí a Fernando, que le dijo, con cólera mal disimulada:

—No creía encontrarle aquí, señor Keith...

—Pues ya ve, aquí estoy.

—Ahora me lo explíen todo. Ya sé quién es el autor que busco.

—No sé a qué se refiere usted.

—¿No? Es raro... ¿De modo que usted se hace llamar Herberto Windsor, escritor de argumentos para películas?

La sorpresa no dejó a Felipe contestar, y Fernando agregó:

—Es usted muy hábil... pero conmigo no valen tretas... Si cree que voy a darle su parte del robo de Austin, está usted equivocado, de medio a medio.

Un poco rehuido de la primera sorpresa, Felipe pudo hablar y dijo:

—¿Le aseguro a usted, Fernando, que yo no tengo nada que ver con ese Windsor, que es un señor

real... Ha sido él quien ha escrito el argumento de la película a que usted se refiere. Es un tipo extraño, del mismo Austin. Pero ahora está aquí en Hollywood y fácil le será encontrarle.

—¿Usted le conoce?

—Sí.

—¿Quién le habrá dado los detalles del robo?

—No sé, ni lo sospecho siquiera.

—Bueno, creo lo que me ha dicho, y espero que me ayude a conocer a ese tipo.

—Claro que le ayudaré, Fernando.

Mientras así se iba estrechando la red que preparaba el personaje que iba en busca de un autor, este autor, o sea, Herberto, telefonaba desde el estudio al hotel:

—Si la señorita Gloria Pepton está en mis habitaciones, dígame que tenga la bondad de esperarme unos momentos.

Luego se puso a hablar con el director que estaba poniéndose de acuerdo con Laureano Darcey, el actor elegido para interpretar el papel de «El Buitre», por su gran parecido con el ladrón internacional, al que dijo:

—Esta tarde a las siete y media, esté usted preparado para trabajar.

—De acuerdo—repuso. Y en seguida, señalando un lugar del estudio, observó:—Creo que la trampa debe estar aquí, para que caiga en ella al salir.

Siguieron hablando del asunto, redondeando detalles.

Entretanto, guiado por alguien a quien preguntó, Fernando llegaba a la casa en donde Herberto solía estar cuando permanecía varios días en Hollywood, en donde preguntó por él y en donde le contestaron:

—Herberto está en el estudio.

—¿Y cómo es ese Herberto?—preguntó Fernando.

—¿Cómo? ¿Pero no le conoce usted? ¡Si es el autor de la serie en que usted trabaja!

Fernando consideró imprudente seguir preguntando, temeroso de descubrirse, y se alejó. A poco, como cruzara otro actor de la casa por su lado, le dijo bromeando:

—¿Por qué se ha vestido usted tan pronto, si no trabaja hasta la noche? ¿Y por qué va por la calle vestido ya como para la película?

Sonrió Fernando de la confusión, aunque no le hacía mucha gracia, y procuró alojarse, por lo pronto, de aquellos alrededores, donde sospechaba que podía correr algún peligro su personalidad.

Entretanto, Gloria, su padre y el detective, llegaban al hotel en donde se hospedaba Herberto, donde la persona a quien Herberto había telefonado dijo a la joven:

—El señor Windsor acaba de telefonar que haga usted el favor de esperarse un poco... Está terminando un trabajo muy urgente en el estudio... En cuanto lo termine, estará aquí... Es un trabajo importante de la serie de que es autor. Entre el director y él, buscan la manera de matar al «Buitre».

Una hora después, y cuando ya sus visitantes se cansaban de esperarlo, llegó Herberto. Por casualidad, Gloria le vio primero que los demás y salió a su encuentro.

Se saludaron y, como ella viera en los labios de él una pregunta que ella no quería contestar todavía, le dijo:

—Es mi papá quien ha venido a verle... Cree que usted puede ayudarle a descubrir a los autores del robo del Banco...

—¿Yo?

—Claro. Hace pocas noches, en el teatro de Austin, vimos la película de usted, en la que se explica aquel robo.

—Pues es verdad. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Mi padre y un detective que le acompaña le explicarán lo que esperan de usted.



Entraron en la habitación y enseguida dijo el detective a Herberto:

—Aquello de la falsa alarma que fue la que facilitó el robo, es un detalle de que quien escribió el argumento sabe perfectamente cómo se realizó el hecho.

—Pues se engaña usted—repuso Herberto.—Yo no sé nada.

—Hay en la película detalles, muchos detalles, imposibles de conocer sino por los mismos ladrones.

—Pues repito que yo no sé nada y que todo lo que sale en la película es fruto de mi imaginación.

—A pesar de sus protestas, señor Windsor, sigo creyendo que usted está enterado de todo.

—¡Absurdo! ¡Absurdo!

Hubo de cesar este diálogo porque entró, corriendo, Walter que, dirigiéndose a Herberto, con verdadera sorpresa, exclamó:

—¡Gracias a Dios que estás vivo!

—Vivo por fuera, pero en el fondo, un cadáver. Figúrate que esta señorita—y señaló a Gloria—creo que yo soy uno de los ladrones del Banco de su padre...

—Yo te creía muerto de verdad.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—¿No has leído mi carta?

—No. No he visto ninguna carta tuya.

—Te ponía en guardia contra un asesino que te persigue. Ese asesino es el propio Fernando.

—¿Qué dices? ¿El propio Fernando? ¿Pero es que «El Buitre» es un hombre de carne y hueso?

—Sí... y ha venido a matarte.

—¡Horror!

—Pero no te matará. Yo te salvaré.

Llamado por el director, hubo Herberto de partir hacia el estudio, pues era la hora de comenzar la impresión de las escenas finales de *La huella roja*. Walter le acompañó. Sus visitantes se despidieron de malhumor.

A poco, ya en el estudio, Herberto decía al actor Darcey:

—Ya lo sabe, Darcey... En esta escena usted cae en la trampa y muere en la alcantarilla.

Llegó el señor Mannoth que gritó:

—¿Estamos todos preparados?

Como se le contestara que sí, empezó a dar órdenes para comenzar el trabajo.

En esto, llegó Gloria, sofocada, y acercándose a Herberto le dijo:

—No pensaba volver a dirigirle la palabra, no sólo porque se ha negado a aclararnos los detalles del robo, sino por su indiferencia de siempre hacia mí. Pero papá ha dado orden a la policía de que le detengan y le querido venir a avisarle.

—Gracias, Gloria. Yo le demostraré que no existía esa indiferencia, en la primera ocasión. En cuanto al robo, también le explicaré un secreto, pero sólo a usted.

El trabajo no había comenzado aún. Darcey, tranquilo, dijo, refiriéndose a los actores que estaban preparados como para matarse:

—¡Antes de que esos comparsas me manden al hospital, quiero ver al señor Mannoth!

QUINTA PARTE

Acudió, presuroso, el señor Mannoth, que gritó a Darcey:

—¿Qué es lo que quiere usted?

—Señor Mannoth: si la mitad de la noche van a estar molindome a puñetazos y la otra mitad voy a pasármela en la alcantarilla, necesito más sueño.

—Está bien, Darcey, le pagaré lo que quiera, pero vaya en seguida a trabajar.

Obedeció éste, pero en aquel momento entró en el estudio Fernando, que empezó a mirar por todas partes y que vio a Darcey, vestido como él, que se

alejaba. A poco, Mannoñ le vió a él y creyendo que era Darcey, fué hacia su lado, enfurecido, y le dijo:

—¿Todavía está usted aquí? ¿No le he dicho que le pagaré lo que quiera?

—Necesito hablar con el señor Windsor.



—Bien. Hable con él, aquí está, y vaya en seguida a trabajar. ¡Cada minuto que se pierde me cuesta muchos dólares!

Fernando se dirigió a Herberto y le preguntó:

—Señor Windsor: ¿es usted el autor de *La huella roja*?

—Me extraña su pregunta.

—Ya se aclarará después.

Y volviéndose al director agregó:

—Y usted es el productor, ¿no es eso, señor Mannoñ?

—¿Pero se ha vuelto usted loco, Darcey? (Seguía creyendo, naturalmente, que Fernando era Darcey.) ¡Le estoy pagando el sueldo hace meses y ahora sale con la pregunta de si yo soy el productor!

Y temiendo que de veras el que creía Darcey se hubiera vuelto loco, sacó una pistola. Fernando le gritó con una seguridad espantosa, armandose de un objeto contundente:

—¡Retire usted esa pistola, o le abro la cabeza!

Y en seguida añadió con calma:

—No me gusta la forma en que se desarrolla *La huella roja* y mucho menos el reparto que han hecho ustedes. Por lo tanto, voy a tener el sentimiento de matarles.

La seguridad con que Fernando dijo estas palabras puso espanto en los rostros de Herberto y del director, pues estaban, en aquel momento, los tres solos.

—No se asusten — dijo Fernando sonriendo. — Terminaré en seguida. Estoy acostumbrado a esta faena.

Y dicho esto, la emprendió a puñetazos con los dos. Herberto pudo huir, gritando a todos cuantos encontraba:

—¡Caray! ¡Darcey se ha vuelto loco!... ¡Vaya una de puñetazos que está repartiendo! ¡Dejadme! ¡Voy a salvar a Gloria, que quiero que sea mi esposa, y que, siéndolo, me lleve a la gloria!

El verdadero Darcey, que al ruido de la lucha de Fernando con el director había acudido y había recibido no pequeño número de golpes, alejándose a toda prisa del lugar del combate, iba diciendo:

—Desde mañana renuncio a mi carrera de actor. Está visto que esos tios se han propuesto hacer *La*

huello roja con mi propia sangre. ¡Qué bárbaros!

El director, viéndose perdido, para tener una oportunidad de escapar, gritaba:

—¡Apaguen las luces!

Pero nadie le oía ni le atendía.

Herberto, entretanto, seguía buscando a Gloria, pues tenía la creencia de que aun la joven debía estar allí. En sus correrías por el estudio, tropezó con

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí, mi antiguo amigo Walter?

Walter?

—Sí, aquí estoy, ya lo ve.

En este momento, al mando del detective encargado por el banquero de perseguir a los ladrones, entraron en el estudio unos cuantos policías que ocuparon todas las puertas para que nadie pudiera escapar. El detective, cuando vió que todo estaba en su punto, dijo:

—¡Quedan todos ustedes detenidos por complicidad en el robo del Banco de Austin!

Al oír aquello, Herberto dijo a Walter:

—Vamos... Del mal el menos. Iré a la cárcel, pero en compañía de un buen amigo. ¿Verdad, Walter?

Walter no le contestó, pero se precipitó hacia el lugar donde estaba Fernando, viendo si había modo de escapar. En aquel preciso instante, Anita, que estaba oculta en un rincón, salió de él y dijo al detective:

—A Fernando Gregor es a quien hay que detener, pues él es el ladrón del Banco.

Walter se acercó a ella, en tanto que los policías detenían a Fernando, y mostrándole su instintivo de policía, de muy alto grado, le dijo:

—Anita, tendré mucho gusto en recompensarla...

—¡Yo creía que era usted un ladrón!

—Los dos nos habíamos equivocado. Yo también

creía que usted era una ladrona, y veo que es usted compañera mía de profesión.

—Sí, en efecto. Es que yo sustenté la teoría de que, para descubrir a un criminal, nada mejor que hacerse pasar por criminal uno mismo.

—En efecto. Pero—y al decir esto cogió a un hombre, para que no se escapara, a Felipe, que había entrado acompañando a los policías, al detective y al padre de Gloria—tal vez esa joven sustente una teoría opuesta; es decir, que es conveniente pasar por persona decente para mejor hacer el trabajo.

Todos quedaron sorprendidos, hasta la propia Anita, y Walter añadió, hablando a Felipe:

Usted se va con «El Buitre», para enseñarle la combinación de las cerraduras de la cárcel, lo mismo que le enseñó la de la caja de caudales del Banco del señor Peyton.

—También Anita debe acompañarme, pues que me ayudó en el robo—dijo Fernando.

No, Anita le ayudó porque no podía evitarlo y creyendo poder detenerle después. Como no pudo, sin saber quién era yo, ha trabajado a mi lado para descubrir a los culpables. Ella y yo imaginamos la película, y el señor Herberto escribió, con rara sagacidad, el argumento. La película no era más que un cebo para que usted volviera del Brasil. Cebo que ha dado un resultado magnífico, como puede comprobarse. Usted, Fernando, era un personaje que venía en busca de un autor, pero al lado del autor estaba yo, que andaba buscando al personaje... Le hemos ganado la partida.

Los policías salieron, llevándose a los dos detenidos, y el padre de Gloria se acercó a Herberto y le dijo:

—Necesito darle las gracias, Herberto. Sin su película, jamás se habría cogido al «Buitre».

—Acepte sus gracias, señor Peyton. Pero quiero una cosa de usted, que espero me concederá.

—Me parece que me imagino lo que es y, por lo que a mí se refiere, se la concedo. ¿Verdad que es la mamá de Gloria?

Gloria, que estaba al lado de su padre, bajó la cabeza, gozosa intimamente.

Roberto se acercó a ella y la cogió de un brazo, con cariño infinito, dispuesto a probarle que se había engañado en aquello de la indiferencia.

En tanto, Walter, que estaba al lado de Anita, dijo:

—Déme usted una horquilla, Anita.

Cuando ésta le entregó aquel objeto, Walter hizo con él una especie de anillo y colocándolo en el dedo de Anita exclamó:

—A falta de pan... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Anita no contestó ni era preciso que contestara.

En aquel momento, el director, dándose cuenta de que no se trabajaba en el estudio, gritó con todas sus fuerzas:

¡Apaguen las luces! ¡Cada minuto que están encendidas me cuesta un cinera!

Le obedecieron, no se sabe desde dónde. Y aquello fué como un regalo imprevisto para las dos parejas que estaban hablando de su futura felicidad, pues en el mismo momento que la luz se apagó, gracias a ella, los besos que impacientes nacían en el corazón y salían a los labios, estallaron en las bocas juntos, ardorosos y apasionados, como una música nupcial.

FIN

SI ES USTED AFICIONADO A LAS BUENAS
LECTURAS, COMPRE SIEMPRE

La Novela Femenina

que se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

En las páginas de **LA NOVELA FEMENINA** encontrará narraciones sentimentales, amorosas, trágicas y de misterio, debidas todas ellas a la pluma de ilustres escritoras.

La Novela Femenina

está únicamente escrita y dibujada por mujeres, pero esto no quiere decir que sean sólo mujeres las que puedan y deban leerla. El interés y emoción de sus novelas, cuidadosamente seleccionadas para el público, hacen que su lectura agrade lo mismo a las mujeres que a los hombres.

En **LA NOVELA FEMENINA** colaboran las más ilustres escritoras españolas y extranjeras, tales como Víctor Catalá, Blanca de los Ríos, la Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina, Sofía Casanova, Carmen de Burgos «Colombine», Guy Chantepleure, Florencia L. Barclay, Henry Greville, Selma Lagerlöf, Magda Donato y otras no menos conocidas.

La Novela Femenina

se vende en los kioscos de periódicos, en las bibliotecas de las estaciones y en las librerías al precio de

25 CENTIMOS

Si no la encuentra en la localidad donde reside, pídale, enviando su importe en sellos, a **Publicaciones Mundial**. Apartado 925, Barcelona.